AMORES CELESTIALES

COOKYANDMINNIE



1.



Jimin, aburrido de su vida, una vida que no podía tener dicha etiqueta, todos los días curaba pequeñas heridas de todos los dioses si así lo requerían, porque una frase era recordada durante toda su existencia "*Somos dioses, somos perfectos, debemos lucir impecables*"

Jimin sabía que día tras día, viviría lo mismo de siempre, un dios apareciendo con una flecha en alguna parte de su cuerpo y él teniendo la obligación de curar dicha herida, tedioso, simplemente tedioso y aburrido.

Jimin era conocido por todos los dioses por ser gran médico y dejar sus pieles y vidas inmortales impecables, todos los dioses excepto uno, Apolo, dios del arco, dios sumamente perfecto, perfecto en su persona, perfecto en la manera de luchar, perfecto en ser perfecto.

Era un día tranquilo, cuando Apolo cruzó aquel arco blanco, en sus brazos yacía su hermana, Artemisa, diosa del arco, perfecta igual que él, Jimin quedó petrificado al ver a aquellos dos seres perfectos entrar a través aquél arco, Artemisa estaba inconsciente, Jimin por fin se dignó a reaccionar.

—*¿Qué sucedió?* —preguntó al momento en que Apolo colocaba a su hermana en aquella mesa de mármol, Apolo no respondió, solo miró a los ojos de Jimin, el cuál se sentía tan pequeño a lado de aquel perfecto ser, no pudo sostener la mirada, solo se limitó a mirar el cuerpo de aquella diosa, aun debajo de aquella túnica blanca, pudo notar una luz salir de ella, descubrió la tela observando la piel tersa y blanca de la diosa, pudo notar que se trataba de una herida causada por alguno de los rayos de Zeus, Jimin hizo todo lo que se necesitaba para curar aquella herida, no era nada nuevo recibir heridas de los rayos de su padre, o habían sido lanzados accidentalmente, Hércules había estado jugando con ellos, o simplemente habían rozado por mera casualidad con uno.

Jimin se acercó a Apolo quien atento observaba el tranquilo olimpo, intentó tocar su hombro para llamar su atención arrepintiéndose antes de tocarle, sintiendo una fuerza demasiado extraña emanar de él.

—*Artemisa está perfecta* —mencionó con una voz entrecortada, Apolo no se dignó a mirarlo directamente, Jimin estaba a punto de retirarse cuando la voz de Apolo le hizo girar a su dirección.

—*Ella siempre ha sido perfecta* —la voz de Apolo era dulce, nada parecida a lo que Jimin imaginó por tanto tiempo.

—*Así es...* —se limitó a responder Jimin, le intrigaba el conocer bien a Apolo, era lo suficientemente atractivo como para no sentir curiosidad.

—*Estoy aquí para lo que necesites* —comentó Jimin retirándose hacía el otro extremo de la habitación—, *mi nombre es Jim...* —se giró frenando su frase por el observar a Apolo de repente frente a sus narices.

—*Jimin* —completó Apolo dedicándole una leve sonrisa, observándolo de pies a cabeza, el sonrojo se apodero rápidamente de las mejillas de Jimin.

—He oído hablar de ti, pero no había tenido el placer de verte —Apolo no le quitaba la mirada al contrario, haciendo que este sólo bajara la mirada, Apolo sostuvo el tirante blanco del ropaje que llevaba puesto Jimin, lo coloco bien sobre su hombro, el médico se estremeció al sentir el tacto de la mano de Apolo con su hombro, el dios perfecto sonrió, y sin soltar su hombro se acercó a su oído.

—Creo que me estaba perdiendo de mucho —Jimin no supo qué responder, y realmente esa fue la mejor respuesta, Apolo finalmente se retiró saliendo por aquél arco blanco, Jimin no lo pensó, solo lo siguió, y es que eso era lo que causaba Apolo, el hechizar a cualquier criatura y hacerle que se enamoraran como unos locos, el médico por primera vez abandonó su lugar.



Al pasar unos minutos, por fin pudo encontrar a Apolo, lo observó tras unos arbustos, estaba tirando flechas a un pequeño aro, el médico se acercó lentamente por detrás del arquero, Apolo tenía su torso desnudo, haciendo que Jimin se agasajara con su amplia y marcada espalda, cuando quedaban solo unos centímetros de distancia, Apolo se giró ágilmente tomando a Jimin de sorpresa y abrazándole por detrás.

—Soy Jungkook... —le susurró al oído con una pequeña sonrisa.

Jimin no respondió, solo se limitó a girarse despacio, y así poder encontrarse con el perfecto rostro de Apolo. El dios sonreía apenas con la comisura, relajado, los ojos intensos recorriendo cada centímetro del médico con la eternidad en sus manos, sin ninguna vergüenza, como quien observa algo que ya decidió que le pertenece. La mano de Jungkook subió hasta el broche que sujetaba su ropaje, lo deslizó con una paciencia que resultó más indecente que cualquier brusquedad, hasta que la tela cayó sola, deslizándose, dejando el torso de Jimin al descubierto. El dios admiro por un momento, haciendo que Jimin desviara la mirada de los ojos del arquero.

—No me mires así —logró pronunciar Jimin.

—¿Cómo te estoy mirando? —indagó Jungkook, pero no esperó respuesta. La sabía perfectamente.

De inmediato comenzó a quitar aquel faldón que cubría la parte intima del médico. La tela cayó, haciendo que por fin quede entero frente a él, completamente expuesto bajo el sol del jardín, una sonrisa pícara se pintó en los labios del arquero, y el instinto inmediato a esa reacción fue cubrirse, aunque no supo exactamente con qué.

Jimin no dejaba de mirar la perfección de su compañero quien lentamente se desnudó ante él, sin apuro, sin teatralidad, un imposible, y sin embargo miró lo real que era, lo culpable de creerse tan dichoso, estar frente a Apolo y pretender que los ojos obedecían, cada línea de ese cuerpo era una declaración, construido no para la guerra sino para ser perfecto. Jimin reaccionó observando lo que estaba pasando, su rostro se pinto color rojizo, cubriendo por inercia su ojos con el antebrazo. La oscuridad duró exactamente lo que tardó Jungkook en cruzar la distancia entre ellos, tomar dulcemente su brazo con ambas manos y bajarla sin esfuerzo, descubriendo su rostro, topándose con los ojos cerrados del rubio.

Jungkook se acercó quedando a tan solo unos centímetros de distancia, entrelazó delicadamente su mano con la contraria, acerco su cintura a él, haciendo que ambos miembros rozaran, logrando que Jimin soltara el aire de golpe, apretando aún más sus párpados. Jungkook sonrió un poco para después acercarse a los labios de Jimin, y plantarle un beso lentamente, probando así por primera vez sus labios, el dios abrió los ojos

suavemente, manteniendolos entrecerrados, gesto contrario al médico, Jungkook tornó su expresión a una de sorpresa, sus labios eran algo diferente, se podía decir incluso que era lo más dulce que había probado jamás, le gustaba lo que estaba sintiendo, y probando, haciéndose notar por la forma lenta y adorable en la que cerró sus ojos, para continuar con el espectáculo que Jimin le estaba brindando.

Jimin no supo en qué momento sus labios empezaron a corresponder, solo lo hicieron, su cuerpo tomó la decisión, y cuando Jungkook se separó apenas para mirarlo, Jimin ya no tenía ningún argumento en contra de absolutamente nada.

—*Bien* —fue lo único que pronunció Jungkook. Aquello sonó como un veredicto.

Lo tendió sobre el césped con la calma que gobernaba cada uno de sus gestos, guiando sin ordenar, conduciendo sin empujar, y cuando la espalda de Jimin tocó el césped, no pudo identificar la textura cuando la mano de Jungkook se apoyaba sobre su pecho, tomando control de todos sus sentidos.

Jungkook no empezó por donde Jimin anticipaba, en lugar de bajar, se detuvo en su cuello, presionando los labios justo sobre su garganta, y Jimin exhaló con un jadeo roto, entrecortado, que no era nada fino, al cual el arquero respondió abriendo apenas la boca, usando los dientes con una suavidad, un trazo que raspó perfecto, logrando que Jimin hunda sus dedos en el césped arrancando alguno sin piedad.

—*Quieto...* —murmuró Jungkook contra su cuello.

Jimin intentó estarlo, fallando en su perfección.

La boca de Jungkook viajó hacia abajo, siguiendo una línea que parecía haber trazado de antemano, la clavícula, el centro del pecho, el costado de las costillas, y Jimin escuchó sus propios sonidos como si vinieran de otra persona, pequeñas exhalaciones irregulares que no podía controlar, algún jadeo sofocado cuando los labios de Jungkook encontraban una zona que su cuerpo no sabía que era tan sensible hasta ese preciso momento, el dios aprendía su cartografía con la atención de un gobernador que desea esa tierra.

—*Jungkook...* —jadeó Jimin, la primera vez lo pronunciaba en voz alta.

El dios levantó la vista hacia él sin mover la boca de donde estaba, y esa mirada desde abajo, esa mirada que decía "*sé perfectamente lo que estoy haciendo, y no tengo intención de parar*", fue suficiente para que Jimin tuviera que cerrar los ojos y apartar la cara hacia un lado.

Jungkook volvió a subir despacio, deslizando las palmas por los costados del médico, aplicando una presión que era posesión pura, hasta que se posicionó sobre él con el peso sobre las rodillas y las manos, entonces Jimin abrió los ojos para encontrarse con los contrarios, ese divino esculpido de perfección mirándolo desde arriba.

—*¿Estás bien?* —preguntó el dios, aquella vez que fué inesperada, precisamente porque venía del ser más perfecto del Olimpo y estaba dirigida a él, a Jimin, al médico que curaba las heridas de todos sin que nadie le preguntara nunca cómo estaba.

—*No lo sé...* —pudo responder, porque era la única respuesta real que tenía.

La comisura de Jungkook tiró ligeramente, inconsciente, y bajó la cabeza, presionando labios húmedos sobre la mandíbula del médico, deslizándose hasta la oreja, dejando salir su respiración suave, apacible, y con ésto, Jimin sintió un escalofrío recorrer su espalda entera hasta la coronilla.

—Respira, Jimin… —indicó Jungkook.

Jimin hizo caso, porque la certeza del dios de todo lo perfecto no tenía lugar a cuestiones.

Lo que siguió al último vestigio de exhalación, no fue lo que Jimin habría imaginado si realmente hubiera tenido tiempo de imaginarlo, no cuando aún trataba de arreglar su propia respiración. Y es que Jungkook ya lo estaba sosteniendo firme de cada lado de su torso, sin perder la cintura, para voltearlo despacio, con total seguridad, posicionándolo de tal manera que Jimin quedara de espaldas, a horcajadas, las rodillas sobre el césped con las palmas apoyadas en sus propios muslos, y antes de que pudiera procesar el cambio, el pecho de Jungkook estaba contra su espalda, los brazos del dios rodeándolo desde atrás, tocando su torso, su abdomen, los labios contra su nuca, la nariz jugando con sus rizos dorados.

—Así… te he soñado así —pronunció Jungkook, y en esa frase ya había pactado su lectura.

Jimin sintió la mano grande, pero suave y perfecta descender por su abdomen con lentitud que podría considerarse cruel de no ser la mejor de las caricias, su palma y yemas se detenían en cada lugar el tiempo suficiente para que el cuerpo del médico respondiera, para que Jimin escuchara su propia respiración acelerarse de manera que ya no podía disimular. Cuando esa mano llegó al punto más íntimo pero vivo, Jimin dejó caer la cabeza hacia atrás contra el hombro del dios con un sonido ronco que trató de ser su nombre, pero no llegó a serlo, era totalmente lo que no sabía que necesitaba y ahora lo quería todo.

—Eso —susurró Jungkook contra su oído, con satisfacción ronca.

—Jungkook… —pudo pronunciar Jimin cuando lo sintió firme contra su cuerpo. Subió su mano hacía atrás, rozando la mejilla del dios.

Jungkook, sin apartarse al toque del médico, sencillamente se alineó presionando hacia adelante, pausado, determinado a tomarlo, sin prisa, y Jimin clavó los dedos en el cabello castaño, exhalando con una fuerza que sacudió sus hombros, un sonido largo se quebró a la mitad, tal sonido melodioso, tan sincero en su sencillez que nunca en toda su existencia inmortal había imaginado producir, había dolor allí, pero también un placer insoportable como para negarlo. Jungkook se detuvo, apoyó los labios contra su sien, esperando, dejando que Jimin se adaptara al peso de esa presencia como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si el Olimpo entero pudiera esperarlos.

Cuando las respiraciones del médico dejaron de temblar, fue la señal definitiva. El primer movimiento de caderas fue dulce, suave como una pregunta susurrada. El segundo fue una afirmación de que era bienvenido a tomar lo que ya desde un principio era suyo. Y para el tercero, Jimin ya no estaba pensando en ninguna cosa que no fuera el punto exacto donde los cuerpos de ambos se encontraban, y aquella intimidad le tocaba en el punto perfecto como nadie más ni menos que Jungkook podría hacer, y lo hacía con una cadencia que era firma propia, que solo él controlaba, que hacía que Jimin sólo se entregara sin tensiones ni resistencia.

Los sonidos que escapaban de la garganta del médico eran involuntarios, pequeños al principio, gemidos cortados y suaves, construyéndose sobre sí mismos a medida que Jungkook encontraba aún más precisión si fuera posible, haciendo que Jimin apretara los ojos y tensara los brazos, muslos, soltando sonidos que ya no eran suaves, gemidos que salían de algún lugar profundo y que el jardín recibió sin juzgarlo. Jungkook respondió a ese sonido con algo que fue casi su espejo, un sonido bajo y contenido contra la nuca de rizos, satisfacción de placer propio como el que sale cuando se encuentra exactamente lo que estaba buscando.

La mano del arquero viajó desde su cadera hacia arriba, bordeando las costillas, apoyándose plana sobre su pecho, y Jimin sintió el pulso de Jungkook en su muñeca, acelerado e imperfecto, viajando por sus venas, tan real, tan intenso que por un momento fue eso lo que más le afectó, no la intensidad de lo que su cuerpo estaba experimentando sino la evidencia de que el dios más perfecto del Olimpo tenía el corazón desbocado por él, por Jimin, por el médico que nadie había mirado hasta hoy.

—*Jun... Jungkook...* —, pronunció entre gemidos, con la voz rota. Petición y reconocimiento, era todo lo que no sabía cómo decir de otra manera.

El dios respondió apretando su agarre, abrazándolo entero, hundiéndose con más determinación, y Jimin arqueó la espalda contra su pecho con un gemido largo, entrecortado hacia el final, los brazos temblando apenas, el cabello de rizos castaños con piel etérea bajo sus palmas como el único recuerdo de que ésto estaba también en sus manos. Jungkook presionó los labios contra su hombro y los dejó ahí, respirando contra su piel, y Jimin escuchó esa respiración acelerada contra él como si fuera música, como si fuera la prueba de algo que nadie le había demostrado nunca.

La posesividad de Jungkook resultó artística por su paciencia, su silenciosa entrega, constante, atenta, que apreciaba, posesividad tan bien hecha que no se necesita alzar la voz ni presionar demasiado, porque así simplemente se instala en los huesos y permanece. Sus manos sabían dónde estaba Jimin en todo momento, los labios volvían a su piel entre movimientos como si necesitaran verificar que seguía ahí, y cada vez que lo hacían Jimin producía algún sonido que no era exactamente una palabra, si no murmullos y sonidos casi mimosos a pesar de aquél tono grave, sus pequeñas rendiciones, acumuladas una sobre otra.

El ritmo se profundizó, Jungkook ajustó el ángulo una última vez, como si ya hubiera encontrado el blanco en aquella clase, y Jimin perdió por completo la cordura del médico, un gemido más largo rompiéndole la garganta, su propio nombre saliendo de los labios de Jungkook en respuesta, un "*Jimin*" satisfecho, bajo, casi para sí mismo, como si el dios también estuviera perdiendo algo, como si esto también le costara algo a él.

—*Me gusta* —logró decir Jimin, y su voz ya no podía reconocerse.

—*Y tú a mí...* —murmuró Jungkook, con la misma certeza con la que habría prometido cualquier otra cosa, absoluta, sin fisuras. Una premonición que no finge.

El final llegó como llegan las cosas inevitables, con toda la intensidad que se fue acumulando, Jimin cediendo hacia adelante, con los brazos flácidos hasta que su pecho casi tocaba el suelo y un gemido fuerte y rasgado saliendo de su garganta, incontrolable, el nombre de Jungkook en algún punto de ese sonido aunque ya no estaba seguro de haberlo pronunciado o solo haberlo pensado, el cuerpo entero sacudiéndose en espasmos que no dieron tregua a recibirlos. Jungkook llegó casi al mismo tiempo, su nombre saliendo de los labios del dios con una aspereza que Jimin nunca había escuchado en esa voz, los brazos de Jungkook rodeándolo desde atrás para sostenerlo mientras ambos se estabilizaban, mientras la respiración de los dos encontraba lentamente algo parecido a un ritmo normal.



Jimin despertó, estaba recostado en el césped frente aquél tiro al blanco, ahora estaba vestido, se levantó sintiendo una leve presión en su parte baja, y desorientado se sentó, sonriendo algo debajo de su mano, observó, era una flecha, un flecha dorada con un lazo morado, un leve sonrisa se pintó en sus labios. Jimin se levantó oprimiendo su abdomen, y sin entender muy bien aquello que sentía, se retiró del jardín del ahora hombre que

ocupaba su mente, y es que lo que Jimin sentía; era dolor, por primera vez un dios sentía dolor, lamentablemente, y normalmente son las secuelas de lo que deja una noche de pasión.



Los días pasaron, seguían siendo igual para Jimin, todos los días curando pequeñas heridas a dioses y semidioses que soñaban con la perfección, todos los días solían ser iguales, a exceptuar por un pequeño cambio, todas las noches esperaba que por aquél arco blanco entrara Jungkook, y se lo llevara lejos de nuevo, se lo llevara de nuevo a aquél jardín, para Jimin, la vida había cambiado, ahora vivía por algo, aquella flecha dorada se había convertido en lo más preciado para él, Jimin usaba en su mano aquel lazo morado.

El dios médico estaba perdido, observando aquella flecha dorada, cuando de pronto su tranquilidad se vio interrumpida, por aquel arco había entrado uno de esos dioses guapos.

—*¡Peón!* —le sonrío, Jimin solo asintió intentando disimular aquella sonrisa, con poca efectividad, Dioniso, dios del vino entro sentándose en la camilla de mármol que tenía en medio de toda la sala.

—*Me he cortado con un puñal* —comentó Dioniso mostrándole su brazo—, *arréglalo* —le ordenó a Jimin.

—*Quiero estar perfecto* —agregó, Jimin sonrió suavemente—, *¿Qué pasa Peón?, ¿no crees que soy perfecto?*

—*No* —respondió seguro mientras trabaja con la pequeña herida del dios—, *yo he probado la perfección hace un par de días* —comentó recordando el momento en que se entregó a Jungkook, había cambiado desde entonces, estaba más confiado, más fuerte, como si la seguridad de Jungkook se la hubiese transmitido, entonces Jimin miró fijamente a Dioniso —, *y tu estas muy por debajo.*

Dioniso rió incrédulo por las palabras de Jimin.

—*¿Quién hizo el favor de fijarse en ti?* —preguntó riendo en burla de la situación, Jimin sonrió mirándole con orgullo, se retiró de su lado y fue hacía su mesa donde resguardaba en un cajón aquella flecha dorada, seguido de ello; la sacó mostrándosela a Dioniso.

—*Apolo* —mencionó orgulloso, Dioniso se levantó de la camilla caminando hacía Jimin, quien guardó de inmediato al flecha.

—*Nunca nadie ha logrado tener una flecha de Apolo, es tan perfecto con el arco que todas sus flechas son clavadas en el punto que él quiere* —Jimin no parecía sorprendido, él había visto la flecha como un regalo, porque eso era, la expresión de Dioniso expresaba todo lo que necesitaba expresar, era casi imposible que alguien conservara una flecha de Apolo, sin embargo; Jimin lo hizo.



Jungkook acariciaba lentamente sus labios con una flecha, cerrando los ojos y recordando como el rubio se veía tan bien debajo de él, aun podía sentir su cuerpo rozar con el suyo, sus labios morder los contrarios, aun podía escuchar sus gemidos resonar en su mente, pero no era así en esos momentos, tan sólo era una imaginación, un recuerdo, Jungkook abrió los ojos percatándose de lo sólo que se encontraba, aun así, recorrió cada parte de su cuerpo con aquella flecha imaginando que eran las yemas de los dedos de su Jimin.

Jungkook visitó su jardín, observando fijamente el lugar, aquél en donde Jimin se entregó a él, el dios estaba furioso, el pequeño le había hecho sentir algo que jamás en su vida había experimentado, Jungkook no era de los que se enamoran, él no, no Apolo. Y es que para Jungkook, sonaba tonto, Apolo, uno de los grandes, hijo del majestuoso Zeus, hermano del poderoso Hércules, enamorado, pero es que para Jungkook era mucho más que eso, para él, aquella noche se había convertido en más que un simple médico, se había convertido en su Jimin.

Jungkook continuaba sentado en el césped, recordando toda aquella noche, sintiendo con la yema de sus dedos aquellos labios que Jimin había marcado para siempre, uno de los hermanos de Apolo cruzó su puerta, haciendo el suficiente ruido para provocar que Jungkook cargara el arco y apuntara justo a su corazón.

—*¡Quieto!* —gritó aquel dios, quien inquietaba la paz de Jungkook—, *no quiero visitar hoy a Peón* —mencionó Hermes, el contrario guardó el arco lanzando un bufido por aquel comentario fuera de lugar por parte de su hermano Hermes.

—*Nuestro padre quiere verte* —hace ya un par de tiempo que Jungkook no visitaba a Zeus, y el Olimpo era demasiado grande para encontrarse accidentalmente, además, de que su padre era demasiado arrogante como para bajar de su trono.

Jungkook subió junto con Hermes todas esas escaleras blancas, hasta que por sus ojos se posó la imagen de su padre sentado, mientras que su hermano Hércules disfrutaba de las vistas.

—*Padre, Apolo está aquí* —su hermano, Hércules y Zeus se giraron para mirarle por un momento, su padre se acercó y le brindó un gran abrazo.

—*Apolo, hijo mío, cuánto tiempo* —le dijo su padre mirándole sonriente, Jungkook sólo se dignó a dedicar una sonrisa de compromiso.

—*Te he visto un poco distraído últimamente* —el dios perfecto lo miró confundido.

—*El que no te visite, no significa que no te quite el ojo de encima, cuéntame; ¿cómo esta Artemisa?* —Jungkook entre abrió su boca en acto de sorpresa, sabía que su padre nunca le hablaría de la salud de su hermana, sabía que se refería a aquella noche en la que se enamoró de Jimin.

Jungkook no respondió, y su padre se limitó a sonreír, mismo acto que iba acompañado de un leve empujón en su espalda, para llevar a Jungkook hasta aquél ventanal sin cristal, lugar donde se podía ver cada rincón del olimpo, el corazón de Jungkook latió fuertemente cuando pudo observar que su padre lo había traído justamente al lugar en el que perfectamente se podía ver el hogar de Jimin, quién justo ahora sostenía en sus manos aquella flecha, un suspiro inesperado se escapó de los labios de Jungkook.

—*Hércules a estado perfeccionando su lanzamiento de rayos* —Jungkook dejó caer sus hombros, sintiéndose indefenso, sabía lo que aquello significaba, Hércules se paró a la izquierda de Jungkook, el cuál se giró observando como apuntaba un rayo justo al corazón de Jimin, Zeus tomo la muñeca de Jungkook, haciendo imposible que se moviera.

—*Sería tan fácil matarlo desde aquí* —Jungkook clavó la mirada en Jimin, quien continuaba mirando aquella flecha sin enterarse de lo que pasaba desde el otro lado del Olimpo, una lagrima cayó por la mejilla de Jungkook.

—*Apolo, te quiero lejos de él, obedece, o el castigo será para ti, y para él* —un destierro más no marcaría la diferencia, su padre soltó su muñeca encaminándose a su trono.

Hércules lanzó aquel rayo sonriente, a lo cual fue desviado de su objetivo, repentinamente chocó contra una de las flechas de Jungkook, Hércules se giró topándose con la imagen de su hermano con el arco en mano recién disparado.

—*No te atrevas siquiera a mirarlo* —advirtió Jungkook, quien cargaba su arco apuntando al corazón de su hermano—, *mejoraste el tiro* —habló desafiante—. *Pero no es perfecto.*

Hércules rió incrédulo, Jungkook bajó la flecha.

—*No como yo* —la sonrisa se borró del rostro de Hércules.

Jungkook bajó del lugar de reposo de su padre, encaminándose al hogar de Jimin, las lágrimas corrían por las mejillas de Jungkook haciéndole ver demasiado indefenso, se detuvo justo antes de pisar aquel sendero que llevaba al arco blanco que daba entrada al lugar de curaciones de Jimin.

Jungkook se detuvo un momento al observar que Jimin estaba a punto de salir, se escondió detrás de un arbusto, el médico salió, Jungkook no pudo dejar pasar que Jimin usaba aquel lazo morado que había amarrado a la flecha.

Sin pensarlo, Jungkook esperó a que Jimin se retirara del lugar, perdiéndose entre la niebla, fue entonces cuando Jungkook entró al lugar íntimo de Jimin, pasó por aquel arco, adentrándose en el lugar de curación, en seguida observó otro arco al fondo, lo traspasó encontrándose con una cama redonda, las sabanas eran blancas, Jungkook se recostó sobre ella, de inmediato observó un brazalete sobre un pequeño mueble de mármol, Jungkook lo tomó, era un brazalete de oro compuesto por la figura de dos plumas doradas, luego miró el suyo, el de él eran dos flechas encontradas, también doradas, la apartó de su muñeca, para así ponerse el de Jimin, y dejar el suyo en lugar del contrario, Jungkook salió de aquella habitación acomodándose de la mejor manera el brazalete, luego levantó la mirada, topándose con la imagen de Jimin parado frente a él, obstruyendo el paso a la salida por aquel arco blanco, Jungkook aun sostenía su muñeca acomodando el brazalete, Jimin lo notó, Jungkook regresó rápidamente a la habitación, sacando de ella el brazalete de las dos flechas, una vez la tuvo en sus manos, se acercó al médico, cuando estuvo frente a él, sólo se limitó a sonreír, tomo su mano y colocó en la muñeca aquel brazalete de las flechas, Jimin lo miró, y sonrió, ambos tenían algo especial, había cierta fuerza que les hacía sentirse en paz el uno con el otro, Jimin miró los ojos de Jungkook, ninguno de los dos decía nada, no era necesario.

Jimin, seguro de sí mismo, se acercó a Jungkook, tomó sus manos y las coloco sobre su cintura, asimismo él colocaba sus manos sobre los hombros de Jungkook, Jimin buscó un beso del perfecto dios, ambos unieron sus labios en un cálido beso, Jungkook disfrutaba de sentir la cintura del rubio, así como Jimin gozaba el sentir la espalda de su dios, eran la perdición de cada uno, la cintura de Jimin era perfecta para abrazarse de ella, perfecta para Jungkook, y la espalda de Jungkook era precisa para aferrarse, aferrarse y no caer, ambos se separaron muy a su pesar, sonrieron al verse abrazados, pareciera que fueron hechos el uno para el otro, encajaban a la perfección.

Hermes traspasó aquél arco blanco, en busca de Jimin.

—*¡Peón!* —gritó en busca de respuestas, no las encontró, no había nadie, continuó avanzando hasta entrar en aquella habitación, encontrando una imagen de Jimin y Jungkook desnudos, el médico reposando sobre el pecho de su amado, Hermes se limitó a suspirar.

—Por decreto de Zeus, padre de dioses y hombres, Peón; semidiós, médico de dioses, quedas destituido de tus labores así como desterrado del olimpo por pervertir a uno de sus hijos —ni Jungkook ni Jimin mostraron interés alguno en lo que Hermes decía.

Jungkook y Jimin se vistieron, el de menor estatura con su simple ropaje blanco y detalles dorados, mientras que Jungkook portaba su poderosa armadura dorada y blanca, Jimin y Jungkook caminaron hacía el portón, sabían que si traspasaban ese portón su inmortalidad desaparecería, hace millones de años que el mismo no se abría, hoy estaba abierto para Jimin, justo antes de salir del Olimpo, Jungkook se giró clavando su mirada en aquél ventanal, en el cuál le habían amenazado, cargó rápidamente su arco, apuntando a cualquier lugar del ventanal, de inmediato Jimin se colocó frente a él dejando un mensaje en la flecha, Jungkook se giró hacía Jimin, quién le brindo un cálido beso, mismo tiempo en que Jungkook lanzó la flecha.



Una flecha dorada entró por el ventanal clavándose en la pared, llamando la atención de Zeus, él se acercó a ella observando que tenía un lazo morado, el cuál sostenía un par de brazaletes, Zeus tomó ambos reconociéndolos, uno era de plumas doradas y otro de flechas, Zeus sabía perfectamente a quién pertenecía cada uno, pudo ver que había una nota también, bufó con coraje al leerla, para así mirar por su ventanal, observó cómo lentamente se cerraba aquel portón, observando entre las varillas dos siluetas; una blanca, y una dorada, Zeus ahora molesto, tiró aquella nota, la cuál cayó en el jardín de abajo, nota la cual contenía una escritura en griego

"*Με αγάπη, Ἰούνγκκοοκ και Ἰμίν*" frase que ahora Zeus no podía cambiar, porque ahora se amaban, ahora eran uno solo.

Fin.



Traducción: Con amor, Jungkook y Jimin.



4565 Palabras.

¡Hola, hermosi! Espero se encuentren muy bien y hayas disfrutado de éste pequeño shot de mi temática favorita en literatura ✨

No olvides dejar tu voto si ha sido de tu agrado ⭐ Se agradece muchísimo las muestras de apoyo ❤



QUODVIS EXEMPLAR NON AUCTORIZATUM HUIUS LIBRI FORTUNAM POSSIDENTIS EXHAURIT
C L Q R P N T Z D S B